

# ***Sintra apócrifa: una cita en el edénico Jardín de Klingsor<sup>1</sup>***

*Iván Moure Pazos*

Universidad de Santiago de Compostela

El tema de Sintra me ha ocupado casi una decena de artículos científicos en revistas y libros académicos nacionales e internacionales. Al acercarme a la relectura de estos escritos, he advertido con sorpresa que la contención sentimental y precisa objetividad esperable de toda producción investigadora, se entrevera de particularidades intimistas en clave lírica al modo de un viejo y anticuado diarista romántico. No eran mis primeros trabajos y esto creo que ayudó a que los editores pasaran por alto algunas concesiones literarias y licencias poéticas ajenas a la objetividad científica que, simplemente, redacté en trance hipnótico de enajenado sentimentalismo. Quizás porque la simple evocación de Sintra obra en mí un milagro inspirador, tan pacificante como clarividente e iluminador. Podría comenzar este ensayo con la misma sentencia apasionada evocada por Richard Strauss en su visita a la sierra: “Hoy es el día más feliz de mi vida. Conozco Italia, Sicilia, Grecia y Egipto, y nunca vi nada, nada comparable al *Castelo da Pena*. Es lo más bello que jamás he visto. Éste es el verdadero *Jardín de Klingsor* y, allá en lo alto, el *Castillo del Santo Grial*”. Secundando el entusiasmo de esta declaración, pudiera ampliar el marco geográfico de la primera parte sin alterar el resultado de la segunda. Y es que, ciertamente, resulta difícil encontrar en Italia o Europa un lugar parangonable a Sintra en potencia paisajística, pintoresquismo y evocación romántica (Fig. 1).

No me demoraré más en afirmar, en un soplo de valentía y aún a riesgo de resultar tan caricaturizable como risible, que desde joven he estado “enamorado” de Sintra. “Enamorado” de su exuberante vegetación, de su paisaje indómito, de sus senderos y tesoros ocultos, de sus grutas subterráneas, de su aroma a madera vieja en invierno, de su fragancia a glicinia en primavera, de su mar océano, de sus pintorescos acantilados, de sus conventos, iglesias y ermitas, de sus quintas renacentistas, de sus palacios dieciochescos, de sus *chalets* decimonónicos y castillos regios, de sus fuentes moriscas, estanques, ríos y

<sup>1</sup> El presente ensayo se inscribe en el marco de la ayuda Consolidación 2020 GPC GI-1510. *Historia da Arte, da Arquitectura e do Urbanismo* - HAAYDU (2020-PG022). Ref. ED431B 2020/41. IP: Alfredo Vigo Trasancos. Consellería de Educación, Universidade e Formación Profesional. Asimismo, también de los proyectos de investigación (2019- PN187) IP: Jesús Ángel Sánchez García y Alfredo Vigo Trasancos. Generación de Conocimiento 2019. AEI–Agencia Estatal de Investigación y (PID2020-112921 GB-100) IP: Federico Antonio López Silvestre. Generación de Conocimiento 2020. AEI–Agencia Estatal de Investigación.

piscinas, de sus ruinas, de su decadencia, de su prosperidad, de sus leyendas, historias y fantasmas, de su sombra, de su luz, de su riqueza, de su pobreza... Y es que del mismo modo que el enamorado sufre en la distancia del ser querido, evocando a través del pensamiento la imagen del ausente, menudean los días en que el recuerdo de Sintra actúa como reconfortante bálsamo de su lejanía.

Sobra decir que pocos enclaves en el mundo han dejado en mi patrimonio afectivo más honda huella que la villa sintrense. De todos los lugares en los que he residido a lo largo y ancho del mundo, Sintra se revela en mi memoria como una entelequia irreal, a la que inevitablemente retorno sin remedio, rendido y vencido por la perfección de su hermosura. No existe cura, ni se conoce remedio salvífico frente a sus persuasivos galanteos. Seducido por las astucias de su coquetería me entrego con resignación a su noble juego de embelesamiento y, como antídoto al desapego que me produce su ausencia, siempre respondo a su llamada anual. Su voz es la de una hermosa dama culta y engreída perfectamente autoconsciente de su irresistible belleza. ¡Cuántas veces me he adormentado escuchando esa voz susurrante hasta envolverme en la frondosidad vegetal de sus brazos! ¿No es acaso ella la culpable de convertir mis vacaciones en una agradable y continua rutina romantizada?

Sobre Sintra podrían escribirse miles de páginas referidas a su historia y patrimonio artístico. No será este el caso, pues, se cuentan por centenas los manuales especializados que contribuyen a la puesta en valor de este maravilloso lugar que ostenta, desde 1995, el rango de Patrimonio Mundial de la Humanidad (UNESCO). Antes bien, me interesa dejar constancia escrita de la enorme extrañeza que ofrece este majestuoso enclave en base a mi propia vivencia como habitante y residente.

No se sabe si debido a la fuerza alquímica emulsionada de la sierra con sus minas de agua subterráneas o al sosiego inspirador que produce su verdoso entorno, Sintra se antoja un lugar tremendamente fecundo e iluminador para la creación artística. Este apunte no es baladí, pues, he tenido la fortuna de poder constatar esta fuerza creadora con gran parte de los artistas que, a lo largo de los años, han residido en la villa. Aunque el deceso del romanticismo ha sido sentenciado hace tiempo, todavía existen artistas que, procedentes de diversas partes del mundo y movidos por el milagro de un sentimentalismo decimonónico, encuentran inspiración en la antigua "llamada" sintrense. En este sentido, se conocen casos realmente extremos; "auténticas historias de enamoramiento". Se trata de personas que lo han abandonado todo, -acogedoras casas, buenos trabajos y gratos entornos familiares-, a fin de arrimarse permanentemente a Sintra. Estamos ante una cuestión de preferencias. De la búsqueda de un lugar en la vida. ¿Puede existir algo más agitado, pasional y wagneriano que sacrificarlo todo en el santuario del romanticismo? ¿Acaso, no es este sentimiento romántico, el origen del actual *Palacio da Pena*, cuando en una casual excursión por la sierra, Fernando II de Portugal se encaprichó de Sintra honrándola con uno de sus monumentos más icónicos y gloriosos? Con frecuencia, los cambios residenciales a Sintra suelen organizarse de manera premeditada, es decir; después de un primer contacto con la sierra -pongamos por caso, un *Grand Tour* a la americana por Europa-, se regresa nuevamente al país de origen, para desde allí, valorar una posible mudanza a la villa. Otras veces, el encuentro y deslumbramiento de Sintra es casual e inesperado. Conozco el caso de un grandísimo fotógrafo que recaló en Sintra de forma inesperada cuando se disponía a

tomar un vuelo rumbo al Tíbet desde Lisboa. Nunca se fue, haciendo de Sintra su morada permanente. Esto por citar a los más románticos, valientes y menos millonarios, pues, el elenco de excéntricas personalidades de abultada billetera que pueblan la sierra sintrense, merecieran, quizás, mención demorada en un capítulo aparte. Y es que, detrás de esa Sintra turistizada y de postal, se esconde un nutrido mosaico de personalidades de lo más extraño e intrigante. De siempre, Sintra, por su orografía y folclore ha estado envuelta en un icónico oropel de esoterismo y misterio. Abundan las leyendas de fantasmas, y la tradición del relato neogótico parece haberse conservado como una reliquia inherente a su propia esencia escenográfica. Incluso se habla de la existencia de una gran gruta subterránea que comunica el *Chalet Biester* con la *Quinta da Regaleira*; dos de las mansiones más misteriosas erigidas en la sierra (Figs. 2–3). No es casual que en Sintra menudeen rosacruces, masones, milenaristas, sebastianistas, alquimistas... incluso, he llegado a conocer a una mujer, bastante inquietante, que se decía bruja, la cual, todo sea dicho, adivinó algunos acontecimientos de mi futuro más próximo al punto de la inmediatez. Pero, amén de esta prolífica vertiente esotérica, abundan en Sintra personajes de lo más atemporal y decimonónico. Anacoretas y eremitas que se instalan en algún refugio clandestino de la sierra durante largos meses huyendo del ruidoso caos lisboeta, grandes pintores, músicos y bohemios que desconocen la existencia de la modernidad, e incluso, antiguos linajes familiares que sobreviven gracias al gran patrimonio familiar heredado. En este sentido cabe apuntar que la vieja aristocracia en Sintra, salvo contadas excepciones de exitosos y queridos empresarios locales, ha ido cobrando, cada vez menos protagonismo. Gran parte de los complejos sintrenses pertenecen a la alta burguesía y, en este sentido, pudiéramos afirmar que el empoderamiento burgués finisecular, maravillosamente escenificado en las obras de Raul Lino y Luigi Manini, ha “ganado la batalla” a esa fastuosidad aristocrática que dio origen a la época dorada sintrense, escenificada en sus majestuosas quintas renacentistas, grandes palacios dieciochescos, y demás castillos regios (Figs. 4–7).

Incontables son las leyendas sobre las grandes personalidades que comportan la historia de Sintra. Desde las afamadas gestas militares de João de Castro, 4º Virrey de la India, y el capítulo de sus preciadas barbas, a las exquisitas excentricidades de D. A. Augusto Carvalho Monteiro, sin olvidar las mistericas leyendas concernientes al religioso más carismático de la sierra, D. Frei Honório, afamado monje que habitó, durante su larga vida, en ese canto a la meditación conocido como el *Convento dos Capuchos* (Fig. 8). Tampoco debemos pasar por alto la figura de D. Manoel Pinto de Fonseca, uno de los mayores traficantes de esclavos de la historia, -conocido como el Montecristo sintrense-artífice de la neomorisca *Quinta do Relógio*, cuya manifiesta crueldad ha trascendido hasta nuestros días. Se cuenta la historia de que un día el marqués Sá da Bandeira, en paseo por las lindes de la mansión en compañía del rey D. Pedro V, preguntó a éste, “¿Señor qué es este barullo? Ciertamente es agua”, a lo que su majestad respondió, “No señor, es la sangre de los negros flagelados por el látigo que este hombre transformó en oro”. No es extraño escuchar a los habitantes sintrenses, en su deambular por la *Rúa Barbosa de Bocage*, traer a colación esta macabra historia. Y es que, en el seno del selecto grupo de familias adineradas parecen coexistir siempre la maldición y la tragedia. Las grandes fortunas producen, de manera reincidente y de forma inherente, grandes miserias familiares, ya sea debido a herencias envenenadas, recreo hedonista o, simplemente -derivado de esto

último-, aburrimiento, depresión y manifiesta pulsión suicida; puro *tedium vitae*. Por su elegancia y porte romántico, rescataré del olvido el triste final de D. Fernando Formigal de Moraes, acaudalado personaje propietario da *Quinta dos Lagos*, -uno de los pedernales más exquisitos de la sierra-, el cual puso fin a su vida tras ofrecer un majestuoso baile en su mansión, al que asistieron, entre otros, el desventurado rey D. Manuel II de Portugal. El recetario histórico-biográfico de Sintra rebosa de este tipo de historias, contribuyendo, más si cabe, al ensalzamiento de su esencia más romántica y decadente.

Existe una Sintra oculta bajo el manto de ese verdor infinito de mil especies jurásicas. No hay nada como perderse en este laberinto vegetal, abrirse paso entre los helechos arbóreos y la más indómita naturaleza gigantizada, descubriendo a cada paso ruinas, fuentes, y nuevas perspectivas paisajísticas de una belleza sin parangón (Fig. 9). En este sentido, las vistas ofrecidas por el mirador de *Santa Eufémia* o el *Santuario da Peninha* rivalizan en hermosura con las oficialmente canónicas del *Palacio da Pena* o el *Castelo dos Mouros*. Particularmente, recomiendo cinco puntos poco transitados para el acercamiento inicial a Sintra que pudieran proporcionar una experiencia satisfactoria de recreado *spleen*. El primero se sitúa en la llamada *Tapada de Monserrate*, enclave fronterizo con el *Palacio* del mismo nombre que permite unas vistas privilegiadas de todo el complejo palacial (Fig. 10). El segundo, apela a la voluntad del visitante de no ser tentado por dos de los monumentos más imponentes de la sierra, la *Quinta do Relógio* y la *Quinta da Regaleira*. Si el paseante logra no entretenerse mucho en estas maravillas -comúnmente masificadas-, puede sumergirse en los senderos de una pequeña calle cercana: la *Rúa Trindade Coelho*, seguida del *Caminho dos Frades*, *Caminho da fonte dos amores* y *Caminho dos Castanhais*. A lo largo de 3 kilómetros podrá disfrutar de auténticas joyas arquitectónicas y algunas vistas imprescindibles de Sintra flanqueadas por pedernales del XVIII y XIX, como las *Quintas de Shindler*, *Boiça*, *Pombal*, *Cabeça*, *Lobos*, *Alfinetes*, o *Almisquer*. Una tercera propuesta asciende por el musgoso camino de la *Rampa da Pena* -hoy rebautizada como *Azinhaga do Vale dos Anjos*-, situado frente a la *Quinta da Alegria* y el *Palácio de Seteais*. Este sendero, especialmente al atardecer, ofrece al visitante un mágico espectáculo de ilusionismo. Durante 20 minutos, una extraña luz anaranjada desciende a la frondosa vegetación convirtiendo el lugar en una insólita delicia ambarina; pura alquimia. Tras este maravilloso espectáculo, puede consumarse el ascenso de la *Rampa* para, acto seguido, descender por la *Estrada da Pena* rumbo a la *Vila Velha*. De camino, y antes del primer giro que desemboca a la *Quinta de Santo Antonio*, puede contemplarse una de las vistas más hermosas de la sierra. A vuelta de curva y, de forma sorpresiva, se descubren el *Castelo dos Mouros* y el *Palacio da Pena* coronando sendos promontorios sintrenses. Se trata de una instantánea pictórica, característica común a muchas de las perspectivas que ofrece la serranía. El trasfondo irreal que envuelve Sintra transforma la realidad retenida en nuestro ojo en un lienzo antiguo. Nuestro estado perceptivo se altera repeliéndose toda concesión al realismo, es decir; la representación de la imagen fuga al terreno de lo fantástico, dirimiendo irremediabilmente en una recreación pictórica romantizada, al modo de los grandes frescos maninianos; auténtica *imaginatio vera*. Después del atardecer, cuando se “apaga” la sierra, el resalte en luz de los principales palacios de Sintra vistos desde el mirador de la *Capela da Nosa Sra. Da Piedade* merecen atención demorada. Por último, no quisiera cerrar este recetario de recomendaciones sin traer a colación a uno de los monumentos, desde el punto de vista

paisajístico, más importantes y mejor situados, la maravillosa *Villa Sassetti*. Desde ese gran mirador que son los jardines de la edénica *Villa Sassetti*, también se avizoran la antiquísima *Quinta dos Pisões* (1533-), las dieciochescas *Quinta de São Sebastião* (1780) y *Palácio de Seteais* (1787), así como las “románticas”, *Quinta do Saldanha* (1830), *Quinta do Relógio* (1850) o *Villa Roma* (años centrales del S. XIX), entre otras muchas obras de incalculable valor artístico que hacen de Sintra un auténtico museo palacial al aire libre (Fig. 11).

Me asaltan mil y un recuerdos de mi tiempo en Sintra. Momentos inolvidables que permanecerán en mi memoria para siempre. Duele verla ya tan turistizada, pero quiénes somos nosotros, los sintrenses de corazón, para privar al mundo de semejante belleza. Sintra es inagotable y algunos de los mejores rincones de la sierra continúan vetados al común de los mortales. Gran parte de las mansiones siguen siendo propiedad privada y de muy difícil acceso. He tenido la enorme fortuna de poder visitar las más señeras, gracias a la complicidad y ayuda de algunos compañeros del *CIAUD* lisboeta, como mi gran colega Jorge Cruz Pinto. El acceso a la *Quinta da Penha Verde*, tras algunas y necesarias medidas de seguridad, ha sido una de las experiencias más agradables y gratas de mis días en la sierra (Fig. 12). Debo agradecer a sus propietarios -personas enormemente cultas-, administradores y guardeses, la amabilidad con la que fui recibido en este gran santuario sintrense. En otras ocasiones, no he tenido tanta suerte. Caso palmario de esta mala fortuna, pudieran ser mis frustradas intentonas de acercamiento al *Chalet Biester*, el cual alberga algunos de los frescos de Manini más importantes de toda su carrera artística. De nada sirvieron mis contactos de vecindad y localismo, así como tampoco, mi media docena de artículos publicados sobre el artista *cremonese* en España e Italia. Postergados mis sueños, confío que, en lo sucesivo, sus desconocidos propietarios tengan a bien abrirme las puertas de esta maravilla, en la difícil era *postcovid*. Sirva este artículo, como “enésima” intentona, esperando que el mensaje llegue algún día a buen puerto. Mientras tanto, y sin ánimo de tentar a la suerte, haré más las últimas voluntades del célebre escritor Ferreira de Castro. Valga como coda final, estas palabras conmovedoras de un profundo y compartido amor sintrense:

“Desearía permanecer sepultado a la orilla de uno de esos poéticos caminos que dan acceso al *Castelo dos Mouros*, sobre los viejos árboles románticos que allí residen y que tantas veces contemplé con esta idea en mi espíritu. Permanecer cerca de los hombres, mis hermanos, próximo a la luna y las estrellas, mis amigas, teniendo enfrente a la tierra verde y el mar en el horizonte, el mar y la tierra que tanto amé”.



Fig. 1. *Castelo da Pena*. 1944.  
Foto: anónima



Fig. 2. *Chalet Biester*. 1890.  
Foto: autor



Fig. 3. *Quinta da Regaleira*. 1898–1912.  
Foto: autor



Fig. 4. *Casa dos Penedos*. 1922.  
Foto: autor



Fig. 5. *Quinta da Ribafria*. 1541.  
Foto: autor



Fig. 6. *Quinta de São Sebastião*. 1780.  
Foto: autor



Fig. 7. *Castelo da Pena*. 1836.  
Foto: autor



Fig. 8. *Convento dos Capuchos*. 1560.  
Foto: autor



Fig. 9. *Quinta da Princesa*. S. XIX.  
Foto: autor



Fig. 10. *Palácio de Monserrate*. 1863.  
Foto: autor



Fig. 11. *Villa Sassetti*. 1890.  
Foto: autor

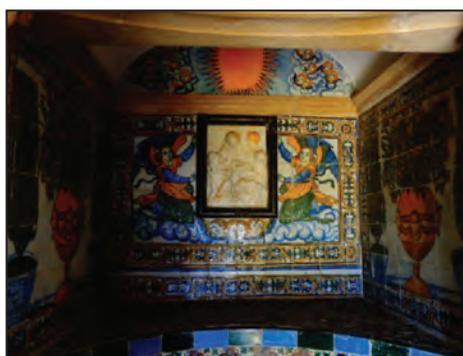


Fig. 12. *Quinta da Penha Verde*. 1534-.  
Foto: autor